

Domingo XVII del Tiempo Ordinario (26-07-26)

Misa por el Perú

Homilía del Cardenal Carlos Castillo

(Transcripción)

Hermanos y hermanas:

Al inicio de esta semana patria, hemos querido reunirnos para no solo celebrar como siempre dominicalmente hacemos nuestra misa, sino para entonar y entrar dentro de la alegría que sentimos de ser un pueblo que sigue adelante - a pesar de tantas dificultades - insertados en esta experiencia de ser peruanos, de buscar la unidad de nuestro país, de salir de nuestros entrampamientos y problemas, para si nosotros podamos ser verdaderos cristianos.

El cristiano no es una persona que, pretendiendo salvar su alma, se desentiende de la realidad; muy por el contrario, justamente, porque Dios viene a nosotros por medio de Jesucristo y quiere darnos su Reino para que nosotros vivamos ese Reino y podamos crecer en esas dimensiones más hondas, necesitamos siempre celebrar en el corazón de la experiencia peruana, de sus problemas, de sus necesidades, de sus búsquedas, de sus sueños y sus alegrías.

Por eso, hoy día vamos a meditar estos textos que nos han llegado, que coinciden curiosamente con este camino que estamos haciendo. El primero es algo que ocurre con un gobernante israelita que nos sale a la luz en un momento difícil, como el que estamos viviendo nosotros: Salomón.

En la primera lectura (1 Reyes 3, 5. 7-12), a Salomón, que era hijo de David, pero era muy “mocoso” cuando asumió el reino, le sucede una especie de duda: ¿qué voy a hacer yo si no sé, no conozco nada? Soy un jovenzuelo, un

“pichirruchi”, es decir, una persona que no tiene experiencia. Y, entonces, le pide a Dios que le dé sabiduría para gobernar y para dirigir su país. Y esto es muy importante porque Salomón nunca pide ni grandezas, ni riquezas, ni poder; pide capacidad, sabiduría para discernir qué es bueno y qué es malo, cómo puede gobernar uno mejor, con su gente y no solo a la gente. Y esa actitud es la que le gusta a Dios y le da esa sabiduría. Todos los libros que cuentan la vida de Salomón, pues tienen que ver con que fue un rey muy adecuado, muy sabio, muy pertinente, no distorsionado ni loco. Y esto tiene una cosa muy importante porque esa sabiduría le llama también **inteligencia**.

La **sabiduría verdadera** no es la que reúne a una persona que sabe muchas cosas y ha aprendido, ha leído un montón, sino la persona que sabe penetrar en la vida. “Inteligencia” se puede traducir por dos palabras: “*intus*” y “*leggere*”, es decir, “**leer dentro**” de las cosas. Inteligente no es un tipo que espía a todo el mundo y que es del servicio inteligencia; ni tampoco es una inteligencia artificial que espía por todos lados y nos responde lo que sea.

¿Saben ustedes que a la IA ya la están normando? Porque ya se ha suicidado bastante gente porque uno le va a hablar y la IA responde: “¿Te gusta? ¿Te quieres suicidar? Quizás es mejor veneno o es mejor que te traigas una botella” ... La “inteligencia” artificial no es inteligente en el sentido profundo; por eso no debería llamarse “inteligencia”. **Inteligencia** es cuando entramos (*intus*) y leemos desde dentro (*leggere*). La inteligencia, por eso, la tenemos todos. Por eso se llama también “sabiduría”. ¿Cuándo somos sabios? Cuando una persona que ha tenido experiencia nos cuenta una experiencia y nos sirve para poder salir adelante. Y nos encanta eso: escuchar historias que nos ayudan a poder entender la nuestra. Y no es inteligente la persona que se agarra de un concepto, lo repite y lo impone y todos tienen

que arrodillarse. Ese tipo de inteligencia, más bien, es testarudez, el creer que la realidad se deduce de los conceptos, en vez de hacer que los conceptos vengan de la experiencia, que desarrollar conceptos mucho más adecuados para orientar la vida.

Esta idea de la ley del Señor, la voluntad del Señor es una enseñanza que uno puede ir comprendiéndola poco a poco en la vida y seguir adelante, pero no es para obedecer como un ejército. Estamos muy acostumbrados a un cristianismo, podríamos decir, “mecánico”. Si el Señor dice «no matarás», entonces, se piensa que, “como yo no he matado a nadie, soy perfecto”. ¡Un momentito! No has matado a nadie, pero, al insultar a una persona, medio que la mataste espiritualmente, ¿no? A veces “matamos” de otra manera, o cuando chismeamos sobre una persona o la difamamos. Si nosotros aplicamos exactamente lo que dice una ley y no la interpretamos, si no vemos cómo se sitúa y qué nos quiere decir, sobre todo, la ley de Dios, comprenderíamos a un Dios que es como una especie de “general”, en donde manda y todo el mundo tiene que obedecer a rajatabla. Ese no es Dios.

Dios es nuestro Padre que, como nos ha creado a todos, sin excepción, todos hemos sido creados por Dios porque no nos hemos dado a nosotros mismos la vida. Somos sus hijos e hijas. Y ese Dios nos crea, no nos deja abandonados, porque somos hijos. Dios nos acompaña siempre, siempre está con nosotros. Y el misterio que nos viene a revelar Jesús es que **Dios jamás nos abandona**. Como dice Isaías: *“Aunque tu padre y tu madre te abandonaran, yo nunca te abandonaré”*. Lo acaba de decir el Santo Padre: Dios no abandona.

Entonces, si Dios no abandona ¿qué hacemos? Tenemos que buscarlo en las realidades, tenemos que verlo como está presente y no mecánicamente, decir: “Dios está

conmigo porque yo me he comportado bien y, entonces, me lo merezco". ¡Un momentito! Dios está en las cosas y realidades que menos pensamos. Y una de las cosas más lindas que tiene Jesús es haber explicado esto a sus discípulos para educarlos en una nueva mentalidad respecto a los sacerdotes hebreos, que creían que todo lo tenían claro.

Hermanos y hermanas, Dios nos ha enseñado, por medio de Jesús, la verdadera verdad. Y la **verdad es el amor gratuito**, y el amor se va realizando en actos, se va haciendo, se hace. Entonces, también tiene su parte oscura porque es un **proceso**. Esa idea de proceso es fundamental, es la que el Papa Francisco - y ahora el Papa León XIV - nos recuerdan: la Iglesia es un proceso de experiencia de fe que compartimos juntos y que, sinodalmente, vamos desarrollando, aclarando, reflexionando, a través del diálogo y comprendiendo cada vez más, como Salomón y como los discípulos que separan y disciernen entre los peces.

No hay cristianos ipso fácticos. "Yo soy cristiano ipso facto", algunos pueden pensar. "Yo me bauticé y ya soy católico, apostólico, romano". Pero resulta que, luego, desprecias a la gente, te crees la divina pomada. Eso no es ser cristiano. Ser cristiano es comprendernos y aprender a comprendernos permanentemente todos, unos de otros, corregirnos. Por lo tanto, no hay una fe cristiana instantánea. No es como un AlkaSeltzer (efervescente), el que uno lo toma y ya está, ¡curado!.

Dios nos ha creado por amor para que comprendamos su presencia amorosa en la vida y todos lo busquemos y nos dejemos guiar por esas huellas. Eso nos cuenta Jesús en el Evangelio de hoy (Mateo 13, 44-52), educándonos a través de parábolas para ser verdaderos cristianos y actuar como verdadera Iglesia. En primer lugar, una cosa que tiene Jesús extraordinaria es que siempre refiere a la gente: Dios está en la gente. Y, por eso, dice que Dios se parece a un señor

que descubrió un tesoro escondido y lo esconde otra vez, fue a organizarse y compró el terreno en donde estaba el tesoro. Y dice también que el “Reino de Dios se parece a un vendedor de perlas finas”, un mercader. Jesús parte del valor de cada personaje humano, no prejuzga como los sacerdotes del templo, tenían muchas sospechas sobre los mercaderes de impuros porque manipulaban el dinero.

Entonces, los sacerdotes se cuestionan: ¿cómo puede decir y hablar de Dios comparándolo con un mercader! Y es que Jesús hace una cosa muy interesante: si Dios vive en medio de la historia, los ejemplos deben ser a partir de todas las personas, pecadoras o no pecadoras. Aquí de un comerciante de perlas finas, que puede parecer a los sacerdotes un pecador, y probablemente lo es, pero Jesús rescata su decisión de dejar todo para tener la perla porque esa actitud es interesante: así, dejándolo todo hay que acoger y buscar el reino de Dios. Toma el ejemplo, porque hay una cosa que tiene este mercader que puede servir para aprender a creer, y comprenderlo para agarrarse a Dios y sentir y vivir su presencia: vende todo lo que tiene y compra la perla de gran valor, así se es cristiano.

Quiere decir que el Reino de Dios, la presencia de Dios en nuestra vida está allí, pero hay que tomar conciencia de ella y vivirla intensamente, con pasión, con alegría. Y eso es muy importante porque tenemos mucho católico triste, que siempre está pensando en su pecado: “que soy pecador”, “que yo no puedo ir”, “no voy a comulgar” ... Y hemos creado esa mentalidad de que estamos tan “lejos” de Dios porque somos pecadores y que, en el fondo, entonces, de repente, ni nos salvamos. Eso no es lo que ha anunciado el Señor.

Jesús ha dicho que el Reino de Dios está cerca y, por eso, nos cuenta las parábolas con cuentecitos de gente común para que todos encontremos, allí donde estamos y en la vida cotidiana de todos los pueblos y sus problemas, por dónde

está el Reino de Dios para acogerlo y vivirlo. ¿Y el Reino de Dios dónde está? Está en todo lo interesante y bello que dentro de lo malo existe, para agarrarnos de ahí y cambiar todos. Dios esta actuando escondido en medio de nosotros.

Eso nos corresponde hacer, sobre todo, a la Iglesia. Por eso, la Iglesia tiene que ser **Sinodal**; es decir, una Iglesia que comparte, que discute y aclara las situaciones, para hacerlo de acuerdo a como Dios se nos presenta. Porque, si no, es una Iglesia rígida en donde siempre repite lo mismo y, además, aburrida. Tenemos que superar una Iglesia aburrida. Más divertido es conversar. Evidentemente, no para estar superficializando ni nada por el estilo, sino para entender juntos, ayudarnos, apoyarnos lo que Dios quiere de nosotros.

Hemos estado pensando en todo el trabajo que hemos venido haciendo para nuestro desarrollo de nuestra sinodalidad en estos meses, como las asambleas parroquiales, la asamblea tan linda que han tenido en enero y que me ha permitido escribir la carta pastoral.

Hemos visto que el mejor aporte que podemos hacer a un país que está con muchos problemas. Alguien ha hablado de “catastrófico”, y a pesar de que no es totalmente tan así, es verdad que estamos en una situación muy grave. Bueno, pues nosotros en nuestra iglesia de Lima, conversando hemos descubierto muchas cosas interesantes y tenemos aun que descubrir por dónde está la presencia de Dios y cómo la alentamos. Una Iglesia que dialoga es una Iglesia que también, con ese diálogo, enseña que algunos sistemas humanos para vivir son mejores. Por ejemplo, la democracia.

La democracia es más beneficiosa que la dictadura. Cuando hay una dictadura, todos a callar y todos a obedecer, y persecución al que no piense igual ... Cuando hay democracia verdadera y no utilizada, hay diálogo, hay distintos puntos de vista, hay posibilidad de encontrar juntos

sabiduría, inteligencia verdadera. Y, por eso, el Señor se presenta como Aquel que reina, gobierna el mundo, pero a través del amor que esta escondido en medio de nosotros. Y, por eso, nosotros estamos llamados ahora a encontrar de qué manera vemos a Dios a través de las cosas interesantes que hay en medio de cosas muy pecadoras y terribles que estamos viviendo. Cómo es que escarbamos la presencia, cómo rastreamos a Dios que nos está diciendo «acá estoy». Y cómo también nosotros debemos vivir nuestra fe con un enamoramiento total, como que se tiene por un tesoro.

Ustedes también llaman a sus parejas que encuentran en su vida «tesoro», «¡tesoro mío!». ¿Por qué la llaman así? Porque han dado toda su vida por ella o por él. Y su vida comienza a ser algo lindo porque encontraron a la persona de su vida. Nosotros hemos encontrado también al Dios de nuestras vidas, que es el Dios que **reina a través del amor** y, por lo tanto, estamos llamados a creer con masion y a crecer.

Ese es el Dios que tiene que crecer en el Perú: el Dios que nos dice: «Yo estoy ahí, escondido, como amor, en cosas que, a veces, pueden ser insignificantes, como el mercante». Hay el precioso texto de José María Arguedas, en donde le pregunta el sacristán de San Pedro de Lahuaymarca al sacerdote: “¿Estaba Dios en el tirano que destruyó los terrenos de tal parte? ¿Estaba Dios en la arrogancia de tal señor?” Y le dice al padrecito: “En cambio, en la Kurku (en la pobre jorobada) “está Dios cantando. Y aunque no conoce a Dios, de Dios es”. Hay muchos aquí que no conocemos a Dios, y quizás sin saberlo, podemos ser realmente de Dios, porque somos sus hijos.

Hermanos y hermanas: a abrir los ojos y el corazón a la presencia de Dios en nuestro país en medio de toda la tragedia que estamos viviendo. Vamos a rescatarlo y a dejarnos guiar por Él para amarnos de verdad y hacer el

Perú que siempre hemos soñado; el **Perú de todas las sangres**, que se unen y se aman, se apoyan, se alientan y superan todos los problemas y dificultades que podemos tener, especialmente, aquellas que son prejuicios y maldades.

Que Dios los bendiga y los acompañe. ¡Viva el Perú!